

UN MUNDO CAMBIANTE

J. GEORGE HARRAR

Presidente de la Fundación Rockefeller

Disparidades entre los varios sectores de la sociedad, basadas en la riqueza, en la posición social, en la educación, y cosas semejantes, menos frecuentes a medida que los extremos económicos se han minimizado y la educación superior se ha hecho casi general.

Aunque la retrospectión ha sido algunas veces descrita como un incipiente grado de senilidad, estoy inclinado a hacer algunas comparaciones entre la primera graduación a que asistí —la mía propia— y la que se está llevando a cabo aquí hoy. En aquellos días, ya en el pasado lejano, el automóvil predominante era el Ford Modelo T, rezongonamente, dándole paso a los primeros Modelos "A". Las gentes que se atrevían a viajar en las pocas líneas aéreas que entonces habían eran considerados como locos. Los radios eran voluminosos, y generalmente de baterías, y la televisión no se había inventado. Pero los negocios eran buenos, había empleo general, la economía nacional era boyante, y nadie sospechaba que una depresión sería estaba a la vuelta de la esquina.

En los finales de la década de los años veinte, el mundo generalmente estaba en paz y la salud y la prosperidad eran los dos intereses primordiales. Nuestra propia población, era entonces relativamente pequeña, y habían setenta millones de personas menos de las que hay ahora. Había campo para todos, y como resultado de ello la vida tenía un sabor rural. Las diversiones y las recreaciones, eran proveídas por nuestro ámbito natural —la caza, la pesca, la náutica, la natación, el excursionismo— y nos considerábamos con derechos hereditarios a ellas, y a muy pocos de nosotros nos eran extraños los bosques, los campos y los ríos. Eramos por lo general optimistas y nos sentíamos amenazados por muy pocas cosas que no fueran las posibilidades de que por nuestras propias culpas, o por alguna desgracia personal, no pudiéramos abrirnos campo en el mundo.

En aquellos días nuestra comunidad universitaria y colegial, estaba creciendo, mas solamente una pequeña minoría de graduados de la escuela superior, proseguían su educación formal hasta la culminación de una carrera. Aquellos que lo hacían, era probable que llegaran a ser los jefes de sus comunidades: doctores, abogados, profesores, clérigos, y hombres de negocios. La posesión de un título marcaba a una persona a la probabilidad de un logro especial. Sin embargo, era aún posible que los padres aconsejaran a sus hijos, —como algunos lo hacían— que era mejor abandonar los ribetes de una educación superior y comenzar a trabajar directamente a la salida de la escuela. Gracias a sus propias habilidades y a las oportunidades asequibles en una economía creciente y al sistema de libre empresa, muchos de esos muchachos tuvieron éxito.

En 1964 el contraste es dramático. Nuestra población se ha multiplicado y con esa multiplicación,

nuestro ámbito natural parece haberse reducido. Además, un número aún mayor de personas le ha dado las espaldas a ese ámbito natural. En 1930 el 56% de nuestra población vivía en las ciudades y el 44% en áreas rurales. Hoy, el 65% de nosotros vivimos en centros urbanos y solamente el 35% puede considerarse que vive en áreas rurales. El desplazamiento masivo a las ciudades y la casi sorpresiva y simultánea huida de la clase media a las comunidades suburbanas, consideradas apenas como dormitorios, han complicado grandemente nuestra organización social, para no mencionar nuestras normas de tránsito. Nos enfrentamos a una aparente paradoja estadística: lo que queda de nuestra población rural va fijamente en camino hacia las ciudades y al mismo tiempo que la población residente de las áreas centrales de muchas ciudades va en descenso. La paradoja se explica en términos de la "expansión urbana" —destrucción de las fronteras entre la ciudad y el campo y entre las ciudades mismas y la creación de enormes áreas metropolitanas.

Obvias disparidades frecuentes entre los varios sectores de la sociedad, basadas en la riqueza, en la posición social, en la educación, y cosas semejantes, han venido a ser menos frecuentes a medida que los extremos económicos se han minimizado y la educación superior se ha hecho casi general. La mayoría de los modos de pensar de los diversos estamentos han pasado de moda; los valores que parecían claros e irrefutables a los de mi grupo de graduación, están ahora en duda y estas han sido reemplazados, no tanto por nuevos modos de pensar ni por valores, sino por interrogantes.

En ocasiones como estas, ya no es posible pronunciar el tradicional discurso de "tener el mundo en la mano"; o si uno intenta hacerlo, es bajo el entendido de que la naturaleza del mundo ha cambiado radicalmente. Uno puede ver con un sentido de dolor los cambios que en sólo una generación ha arrasado con el consejo, "Vete al Oeste, joven", si él lo sigue, simplemente se encontrará con más gentes —y quizás con más humo de fábricas. Ni tampoco puede ya más decirse que hay campo ilimitado en la cima del éxito y que la historia de Horacio Alger es válida hoy, como se creía lo era al principio de este siglo.

No es mi intención ser pesimista, aunque en estos días es muy difícil resistir la tentación de serlo. Realmente yo creo que es un momento interesante de la vida y que es una edad que está llena de oportunidades. Estoy convencido sin embargo, que los retos del

cambio son mayores hoy que los que han sido en el pasado, y que debemos esperar que crezcan en vez de que disminuyan, puesto que las demandas y las exigencias se multiplican con la aparición de nuevas naciones y el crecimiento general de la población. Algunos de estos cambios pueden solamente afligirnos: nuestros recursos naturales están siendo rápidamente consumidos; nuestras estructuras sociales se están haciendo enormemente complejas y en muchos casos están siendo radicalmente transformadas, y nuestros valores morales, están sometidos a agobiadoras re-examinaciones. Toca a nosotros todos contribuir al diseño del futuro con valor, diligencia e inteligencia y debemos tener mayor sabiduría que nunca antes, si hemos de enfrentarnos exitosamente a los urgentes problemas contemporáneos y a perpetuar y mejorar el tipo de orden social que apreciamos.

Aunque muchos factores están contribuyendo a los cambios que estamos presenciando hoy, dos creo, tienen el mayor impacto. Estos son, primero, el enorme y creciente aumento de población a que me he referido, y segundo, el dramático abandono de nuestra posición de aislamiento nacional. Por mucho años, los norteamericanos hemos gozado los beneficios de amplios recursos y la seguridad de nuestra situación geográfica, con apenas unas ocasionales escaramuzas afuera, para "mantener al mundo seguro para la democracia" o para pelear una "guerra para terminar las guerras". Los modos de pensar y la situación de otros países y gentes eran materia de curiosidad para nosotros, y solamente si ellos ofendían nuestra sensibilidad moral o representaban una amenaza directa para nosotros, es que nosotros interveníamos. Mas no eran consideradas como temas que debería afectar nuestros modos de pensar o nuestros puntos de vista sobre la condición humana.

Ahora todo esto ha cambiado. Nuestro aislamiento ha sido reducido por avances inmensos en comunicaciones y en transportes. Nuestro contacto con el resto del mundo es más externo y más inmediato. Indudablemente, una guerra mundial y una guerra sin declaratoria en Corea, programas mundiales de ayuda extranjera, rápidamente creciente comercio e intercambio internacionales, un floreciente turismo, son principalmente responsables por el hecho de que mayor número de nuestros conciudadanos tengan conocimiento hoy de otras partes del mundo de lo que en verdad han tenido en el pasado. El surgimiento de nuevos estados y sus demandas de reconocimiento y ayuda nos ha forzado a enfocar con creciente atención los problemas de fuera de nuestras fronteras. Ahora nos damos cuenta como nunca antes que lo que los Estados Unidos hacen, afecta los sucesos por doquiera y lo que sucede afuera inevitablemente también nos afecta.

El más grande símbolo singular de esta evolución en la actitud americana hacia el resto del mundo es: Las Naciones Unidas, y la presencia de sus oficinas en nuestro suelo. Nuestra activa participación y apoyo del programa de las Naciones Unidas, nos ha colocado expresamente en el grupo de aquellos que creen que ellas constituyen la más alta expresión del hecho de la interdependencia internacional; que ellas representan un interés mundial por el bienestar de toda la comuni-

dad humana, y que ellas ofrecen un instrumento, el mejor hasta ahora diseñado, a través del cual los malentendidos y los desacuerdos entre naciones pueden resolverse sin mayores conflictos.

La juventud de esta generación ha crecido en un mundo de peligro —peligro de un desastre global tan inmenso que es apenas comprensible. La civilización ha avanzado grandemente, sin embargo, toda la idea de civilización está ahora en peligro. Nuestra percepción y comprensión de las necesidades humanas y de los valores humanos se han ensanchado, sin embargo, el ámbito que nos estamos creando para nosotros mismos parece menos y menos hábil para honrar esos valores y llenar esas necesidades que hemos llegado a comprender y percibir. El término "crisis" ha sido abaratado por el uso excesivo, pero ninguna otra palabra describe nuestros tiempos más atinadamente.

En un creciente esfuerzo de enfrentarnos como nación a las múltiples amenazas que nos rodean, estamos poniendo creciente atención a la educación y libre investigación como medios esenciales para la mayor participación para todos los ciudadanos en aquellos procesos dinámicos que determinan y dirigen el progreso de la sociedad. Cada año, más y más de nuestros jóvenes se embarcan en una educación universitaria, con la esperanza que esa experiencia les hará ciudadanos productivos y mejor informados. En número siempre creciente están siguiendo programas de estudios en la carrera de las artes, ciencias, educación, gobierno y comercio. La sabiduría de este curso nacional está demostrado en cada ramo por los avances que han sido hechos en casi todos los aspectos de la vida en los Estados Unidos, abarcando tanto extensamente vastas oportunidades culturales, como las comodidades y ventajas que se derivan de una tecnología altamente desarrollada.

En la búsqueda para proveer la mejor experiencia para los estudiantes, la mayoría de las universidades han mezclado ahora planes de estudios puramente técnicos con elementos calculados para ampliar los horizontes culturales, así como para aumentar su capacidad de ganar dinero. Aunque existe una gran discusión en lo que concierne a los mejores planes de estudio para producir un hombre o una mujer modernos, no hay duda en la mente de los educadores, que éste es el objetivo de la educación.

Personalmente, estoy seguro que no deberíamos olvidar nunca los valores que vienen del estudio de la Historia, Filosofía, la Pintura, la Música y la Literatura, es decir, las Humanidades. Estoy igualmente convencido que todo ciudadano educado debe tener suficiente conocimiento de los orígenes de la vida y la naturaleza del universo a través de las exposiciones de las ciencias biológicas y físicas. Todas éstas son inseparables, pero requieren el ordenado estudio como unidades para preservar el todo.

Esta búsqueda de conocimiento ha sido comparada al proceso de la minería en el que los eruditos escarban las capas de la ignorancia en un intento de llegar a la veta de la verdad. Cuando la alcanzan, inevitablemente se encuentran en un espacio compartido con representantes de otras disciplinas cuyas excavaciones eruditas los han llevado a la misma veta.

Actualmente, se está haciendo cada vez más evidente que la educación superior debe exponer al estudiante no solo a las humanidades y las ciencias, como tradicionalmente se entendían, sino también a todas las gamas de problemas generales humanos con que el mundo debe enfrentarse en el futuro previsible.

Al evaluar los beneficios de una educación universitaria moderna, yo preguntaría si ha ofrecido una verdadera experiencia contemporánea, así como un firme cimiento en los valores del pasado. Me gustaría saber si los jóvenes y las jóvenes han sido animados a pensar en tales problemas como el increíblemente rápido aumento de población con todas sus implicancias económicas, sociales y políticas. ¿Han contemplado y alcanzado juicios morales y éticos en la escogencia entre la estabilización de la población y el incremento anual de millones de nuevos individuos condenados a vivir en la ignorancia, la miseria y la pobreza, simplemente porque la sociedad, ni está estructurada ni preparada para enfrentarse a esta vasta progresión geométrica? ¿Han sido los estudiantes urgidos a comprender los propósitos y prácticas de la ayuda extranjera, económica, técnica y militar y a darse cuenta si éstas son reales y efectivas? ¿Están conscientes de las implicancias de la inflación y están informados acerca de las causas y efectos de este fenómeno incluyendo el papel que desempeñan los obreros, las empresas, y el gobierno? Se han dado cuenta del creciente papel de la automatización en nuestra sociedad y los continuados ajustes que deberán ser hechos con el objeto de asegurar que sirva los mejores intereses de todos?

Yo preguntaría, además. Han sido los estudiantes estimulados a considerar los evolutivos valores morales de nuestra sociedad y la resultante conducta de nuestra juventud, de nuestra población adulta, y de aquellos a quienes hemos confiado nuestra dirección? Han sido persuadidos a pensar sobre sus futuros papeles como miembros de una sociedad la que nosotros todos queremos mantener sana, progresiva y democrática? Han considerado, objetiva y desapasionadamente, la posición de todos los sectores de nuestra sociedad, minorías y mayorías a la vez, y han determinado el curso que ellos mismos tomarían para ayudar a resolver, para beneficio de todos, los problemas masivos de igualdad de oportunidades? Finalmente, la experiencia universitaria, ha generado en el individuo una apreciación del proceso de aprendizaje y una determinación de continuarlo, como esencial a su propia responsabilidad personal y cívica?

Estas son algunas de las importantes preguntas y temas que ciudadanos responsables deben encarar y resolver. El número de estos temas es más probable que aumente en vez de que disminuya, ya que es bien sabido que las soluciones tienden a engendrar otros problemas. La educación superior, debería, por lo tanto, tener el principal efecto de avivar el formidable instrumento biológico, la mente humana, a un punto sutil. Este, aún poco comprendido receptor viviente, computador, y analizador, contiene el poder que ha movido al mundo y que puede enviarlo en cualquier dirección que tome en el futuro. Debidamente estimulada la mente individual, no solamente puede mo-

verse con confianza hacia la solución de los grandes problemas de la humanidad, puede también hacer cada día la vida, una nueva y significativa experiencia intelectual con su debido contenido de placer en el nuevo descubrimiento, en la nueva habilidad, en la nueva aplicación. Desafortunadamente, esto no sucede así invariablemente. El cerebro parece ser a la vez el más poderoso y el menos ejercitado de los órganos humanos. Muy rara vez parece que se rinda por cansancio.

Me gustaría esperar que cada uno de los participantes de estas ceremonias de graduación aceptaran, como el verdadero significado de ellas, su dedicación a la creencia que la educación tiene un continuo y doble propósito: por una parte, crear el mejor clima posible para el más completo florecimiento de las inherentes potencias individuales, y por otra, hacerlo dentro del contexto de un amplio propósito social y de un continuo progreso humano. Esto exige que todos los recursos morales e intelectuales a vuestra disposición se empuñen y se dediquen a soluciones inteligentes de los problemas sociales contemporáneos.

Este es, quizás, el momento para poner énfasis en que no sólo aquellos que van a escuelas profesionales o de post-graduados continúan su educación. Al menos que deliberadamente interrumpamos nuestro crecimiento y que olvidemos los hábitos de investigación que hemos desarrollado en el colegio o la universidad, todos continuamos el proceso de aprendizaje para el enriquecimiento de nuestra propia experiencia, el sabio cometido de nuestras responsabilidades sociales, y la contribución de nuestras capacidades al bienestar de nuestras familias y nuestras comunidades.

El mundo necesitará en el futuro, más aún que en el pasado, la contribución desinteresada de las gentes en todos los caminos de la vida. Nadie tiene el derecho de responsabilidad exclusiva, y nadie tiene el derecho de excluirse a sí mismo de responsabilidad. El hogar, la iglesia, la fábrica, la oficina, la escuela, el laboratorio, y las otras instituciones de nuestra democracia, proveen ilimitadas oportunidades para la propia expresión individual y su contribución a la causa de la humanidad. Todos tenemos el derecho de votar, la libertad de ejercitar nuestros impulsos caritativos y filantrópicos, la habilidad de continuar el proceso de aprendizaje, y la obligación de actuar constructivamente como miembros de nuestra comunidad local y nacional. Solamente si cada uno de nosotros aprovecha sus oportunidades y ninguno de nosotros renuncia sus responsabilidades, podremos enfrentarnos a los retos de hoy y a aquellos, quizás más severos, que se nos enfrentarán en el futuro.

He notado que los esfuerzos para seguir la historia del hombre desde sus más remotos orígenes ha resultado recientemente en la identificación de otro tipo humano aún más primitivo. Ha sido sensatamente llamado *Homo habilis*, el primer artesano, porque parece haber diseñado instrumentos rudimentarios y construido viviendas. Pienso que este hombre antiguo de las interioridades de Kenia ha sido bien llamado. Y es mi esperanza que su remoto descendiente, el *Homo sapiens*, pueda al fin probar que él, también merece su optimista apelativo.